



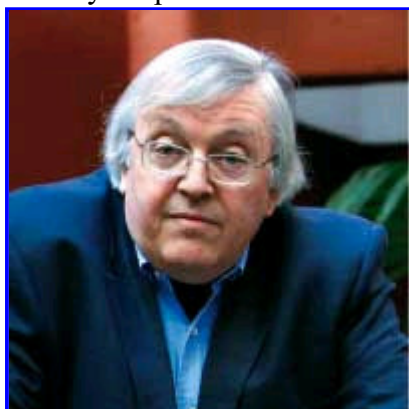
☒ en Tiempo
 ☐ en internet
 

buscar

- -
- [escribanos](#)
-
- 4 de mayo 2011
-
- [hemeroteca](#)
-
- [lo más visto](#)
-
- [inicio](#)

Cultura

Antes y después de Paul Preston



Encuesta

¿Le parece bien que cada
cónyuge pague el 50% de la
hipoteca en caso de divorcio?

[Sí](#)

[No](#)

[Ns/ Nc](#)

[ver mas encuestas](#)

El libro El holocausto español, del historiador británico, marca un hito decisivo en el estudio del siglo XX español. Es un libro terrible... y tranquilizador.

Incitatus

29/04/11

Un querido compañero de esta revista, lector exigente y avisado que es capaz de titular crónicas con citas de Cervantes sin que crujan los cimientos del edificio (cuando puso aquello de El PP, de zoca en colodra tragamos todos calderos de saliva), se acerca de vez en cuando por la boscosa zona de Cultura, aquí en la Redacción, y husmea los libros que llegan. Son torres enteras. Este no, este tampoco; este... bueno, guárdamelo por ahí y, si nadie más lo quiere, ya veré lo que hago después de que lo deis, dice.

A veces, alguno de nosotros le plantea alguna sugerencia. No funciona: “Ay, Inci, otro de la Guerra Civil no, por favor. Estoy hasta la... deuda soberana de la guerra civil. Qué pesadez”.

Lleva su parte de razón. Hace ya algunos años que la Segunda República y la guerra de 1936-39 ocupan una parte muy llamativa de los libros que se publican. Hay de todo: novela, ensayo, historia, divulgación, manipulación descarada. Entre los autores también es variada la fauna. Los hay novelistas temerosos, o concienzudos, o estajanovistas, o simples; hay luego verdaderos historiadores, curiosos, abanderados, sacacuartos y perfectos sinvergüenzas. Estos últimos, por cierto, se hinchan a vender. No hace falta que dé nombres.

Aun hoy, escribir seriamente sobre aquello es complicado en un país en el que la tragedia se cerró muy mal, como bien saben el juez Garzón y, por supuesto, todo el sanedrín que está haciendo lo imposible por crucificarle. Se cerró, en aras de la Transición, mediante el intento de conceder a los criminales una impunidad no solo jurídica sino histórica y social. Se pretendió imponer a las víctimas no ya el perdón o la reconciliación, sino el olvido. Y eso, cuando los abuelos andan todavía en las cunetas, es imposible.

Ahí entra Paul Preston. Este historiador británico -historiador y no mentiroso con procesador de textos, que son cosas muy distintas- acaba de dar a la historia del siglo XX español un libro fundamental. Un libro que, sin la menor duda, marcará un antes y un después en el estudio, el análisis y, esto sobre todo, la interiorización personal de lo que sucedió durante los años de la Segunda República, de la Guerra Civil y de la dictadura posterior. No se podrá volver a escribir historia sobre aquel tiempo sin haber leído El holocausto español, que acaba de publicar Debate.

El texto propiamente dicho son 679 páginas. Las notas bibliográficas y documentales, 130 más. Vaya esto por delante para que quede claro que no hay un solo hecho, un solo detalle, un solo nombre que Preston

no haya amarrado, comprobado y contrastado. Eso es lo que diferencia a un historiador de un sinvergüenza. Sigo sin dar nombres.

La letanía del horror.

El holocausto español procede, es evidente, de una tesis que Preston avanzó en otra obra monumental: Franco, caudillo de España (Grijalbo, 1993), a mi modo de ver la mejor biografía que se ha escrito jamás sobre aquel hombre. La tesis podría resumirse así: la Guerra Civil fue, en realidad, no una contienda más entre compatriotas (como todas las del siglo XIX) sino una guerra de exterminio en la cual el bando sublevado negaba a los otros la condición misma de españoles. Eso no había sucedido jamás. Se trataba no de derrotarlos, no de sustituir un sistema de gobierno por otro, sino de acabar con ellos.

Es evidente que no era posible matar a trece millones de personas, pero sí lo era -y vaya si se intentó- eliminar a varios cientos de miles, y con tal crueldad, y con tal saña, que sus ideas y sus sueños quedasen aniquilados para siempre. Ese siempre quedó reducido a la espeluznante eternidad de cuatro décadas. No es lo mismo. Pero hiela el alma.

La lectura de El holocausto español provoca, creo yo, dos sensaciones muy claras en el lector corriente, y con esto quiero decir “no fanático”. La primera son las pesadillas. Es un texto sencillamente horrible. Preston, como buen historiador, apenas pone adjetivos: se limita a enhebrar datos, hechos, nombres, lugares, fechas. Es espantoso. En el capítulo Los teóricos del exterminio, el autor demuestra inapelablemente que la aniquilación del “enemigo” estaba calculada, diseñada, explicada y, por supuesto, justificada desde el nacimiento mismo de la República. En las terribles páginas de La ofensiva de la derecha y La inminencia de la guerra queda meridianamente claro que el exterminio comenzó antes del 18 de julio de 1936.

Los caciques de Andalucía, Extremadura y “Castilla la Nueva” quemaban sus cosechas, o las dejaban pudrir, o metían en ellas el ganado, antes que consentir que en la recolección participasen trabajadores de aquellos lugares. “Comed República”, les decían. Los pistoleros de Falange vendían sus servicios a esos mismos caciques y mataban gente con casi absoluta impunidad. José Antonio Primo de Rivera lo sabía: “Si nosotros ponemos las narices, al menos que ellos pongan el dinero”, decía. Los pistoleros de la Guardia Civil (porque no tienen otro nombre) hacían exactamente lo mismo: se ponían a las órdenes de los terratenientes, dijeran lo que dijese sus mandos en Madrid. La gente se desmayaba de hambre por las calles. Los niños desfallecían de inanición en las escuelas. Pueblo tras pueblo, nombre tras nombre: es una letanía horripilante.

Hoy es el día...

Lo mismo hace Preston cuando habla de los crímenes de “la izquierda”. El pasaje dedicado a Paracuellos y a Santiago Carrillo -el más publicitado del libro, la verdad es que no sé por qué- deja claras muchas cosas que tenían que quedar claras de una vez. Pero hoy es el día en que Ramón de Carranza da su nombre a un estadio de fútbol y a un trofeo, cuando fue el responsable de una “columna” que asesinó a cientos de personas. Hoy es el día en que nadie siente ni frío ni calor ante el nombre del capitán de infantería Manuel Díaz Criado, un verdadero psicópata, un asesino en serie ante el cual Charles Manson parecería una monja clarisa; hasta tales extremos llegó su barbarie en el sur que el propio Franco hubo de remplazarlo. Hoy es el día... Sería interminable.

Pero esa letanía del horror produce, al cabo, un efecto tranquilizador. Ya no somos así. Nuestra derecha y nuestra izquierda, por más cinismo y desvergüenza que demuestren a veces, jamás se atreverían a traicionar deliberada, explícitamente, el sistema democrático y a conspirar para derribarlo asesinando a la mayor cantidad de gente posible. Aquí ya a nadie se le pasa por la cabeza quemar iglesias ni masacrar curas. Podrá haber, y hay, una indecible falta de respeto por la inteligencia de los ciudadanos, pero España ya no es como entonces. Preston ha hecho un favor impagable a la convivencia; lo que hay que hacer es leer el libro (este sí, Jesús; este sí)... y reflexionar. Todos. Quede claro: todos.

[Volver](#)

[Imprimir](#)